

The Chronicle of Pseudo-Turpin. Book IV of the Liber Sancti Jacobi (Codex Calixtinus). Edición y traducción de Kevin R. Poole.

Italica Press. Nueva York, 2014. 178 p., con 10 ilustraciones.
ISBN: 978-1-59910-290-0

Damos la bienvenida a la esperada edición inglesa de una de las composiciones épicas de la Edad Media latina sobre las hazañas de Carlomagno en España y la muerte de Roldán en Roncesvalles. La narración, que es una mezcla entre hechos históricos y ficción fabulosa, se atribuyó falsamente a uno de sus testigos oculares, el arzobispo Turpín de Reims. El texto se conserva, con variantes, en más de doscientos manuscritos datados entre mediados del siglo XII y el XV. Elementos clave del relato fueron incluidos en muchas otras historias, como el *Speculum historiale* de Vicent de Beauvais, y las *Grandes chroniques de France*, y la historia del Pseudo-Turpín, título por el cual normalmente se conoce a la obra, fue traducida en su totalidad o en parte a la mayoría de lenguas vernáculas europeas. Thomas Rodd, que adquirió una copia del siglo XIV que había pertenecido al antipapa Benedicto XIII para después venderla al British Museum (ahora *London, BL Additional 12213*), había publicado en 1812 *excerpta* del texto en inglés, pero desde entonces no ha habido otra versión en dicha lengua.

Queda todavía mucho trabajo por hacer sobre la composición y la historia de la recepción del Pseudo-Turpín. Su tradición manuscrita es enorme y comparable en número a las copias conservadas de la *Historia regum britanniae* de Geoffrey of Monmouth, pues toda biblioteca que se preciase tenía que poseer una copia. Aunque hay que reconocer que la presente traducción cubre un vacío, la gran cantidad de problemas derivados del texto, tales como su origen, su transmisión y recepción, sus varias versiones y sus “errores” –deliberados o accidentales– se presentan, en esta edición, de una manera bastante superficial que unas veces lleva al engaño, y otras a la total equivocación.

Para su traducción, el autor se basa en una de las muchas copias del Pseudo-Turpín, concretamente en la que se encuentra en el Libro IV del manuscrito *Jacobus* (o *Códice Calixtino*), que se guarda en el Archivo de la Catedral de Santiago de Compostela, donde ha estado, al menos, desde el tercer cuarto del siglo XII (pues una

copia abreviada de este fue realizada allí, en 1173, por un monje de Ripoll). En el ejemplar de Santiago, así como en once conservados de los siglos XII al XVIII, el Pseudo-Turpin constituye el Libro IV de una complicación en cinco libros elaborada en honor de Santiago, Apóstol de España, la cual consta además de la liturgia de las festividades del 25 de julio, 3 de octubre y 30 de diciembre (Libro I), los veintidós Milagros de Santiago (Libro II), la Translación del cuerpo de Santiago desde Tierra Santa a España (Libro III), la Guía del Peregrino (Libro V), así como de varios añadidos que incluyen una falsa bula, más milagros, así como canciones de peregrino. Existe un extenso debate en torno a la cuestión básica de la autoría de la compilación y sus diferentes libros. Los textos están repletos de atribuciones a autores ficticios y genuinos, tales como como el papa Calixto II, el papa Inocencio II, el cardenal Roberto, el patriarca de Jerusalén, Fulberto de Chartres, Aymerico, el canciller papal, Aymerico Picaud, y otros muchos, entre los que se incluye, para el Libro IV, el arzobispo Turpín. No obstante, el Pseudo-Turpín, también gozó de una sólida tradición manuscrita independiente del resto de los textos de manuscrito *Jacobus*. ¿Fue realmente la versión *Jacobus* la primera y la mejor?

Hasta ahora, el gran número de copias conservadas ha disuadido a los estudiosos de cualquier intento de realizar una edición crítica del mismo. De hecho, el presente trabajo es, en realidad, una traducción e introducción del texto, no una edición. La mayoría de los editores han escogido siempre *Jacobus* como su manuscrito base, en particular, Meredith-Jones (1936), Whitehill (1944), y Herbers/Noia (1998), y la traducción española realizada por Abelardo Moralejo (1951) se basó igualmente en *Jacobus*. Sin embargo, el primer editor del Pseudo-Turpín, Ciampi (1922), usó el manuscrito Turin, BN I.V.36; Castets (1880) se sirvió de copias preservadas en Montpellier; Smyser (1937, reimpresión en 1967) utilizó una versión corta, Paris, BNF lat. 17656; Thoron (1934) usó el Città del Vaticano Arch. S. Pietro C 128, una copia de principios del siglo XIV del manuscrito *Jacobus*, con variantes tomadas del BL Add. 12213, el manuscrito de Thomas Rodd, al cual ya nos hemos referido más arriba. También existe un facsímil del *Jacobus* de Santiago publicado por la Xunta de Galicia en 1993, con ediciones aparte de los Libros IV y V en 2004, por lo que había muchas razones para escogerlo como base para la traducción inglesa. Sin embargo, hubiese sido deseable incluir un resumen de los problemas de la tradición manuscrita en la introducción a la traducción realizada por Kevin R. Poole. Queda mucho trabajo por hacer en relación con los numerosos “errores” que se encuentran en la versión del manuscrito *Jacobus*: ¿En qué otras copias estos se transmiten? ¿Existió acaso una versión mejor? ¿Cómo debió de ser su arquetipo?

En la redacción del Pseudo-Turpín del manuscrito *Jacobus* de Santiago participaron cuatro escribas, un hecho que debería haber sido señalado en la traducción y discutido en la introducción. No se trata de “ligeras variaciones en la elegante escritura” (p. XV) sino de verdaderas secciones escritas por cuatro escribas diferentes y en distintos momentos, por razones que no están suficientemente claras,

pero que probablemente buscaban remplazar páginas que originalmente contenían ilustraciones, como sugirió Díaz y Díaz (1988)¹.

Aunque solo se conservan dos escenas narrativas y tres iniciales-retrato en el manuscrito, estas forman –de una manera u otra– parte del Pseudo-Turpín, por lo que deberían haber sido reproducidas en esta edición. Se echan en falta la representación de Santiago –la cual, es verdad que se encuentra en la parte litúrgica (Libro I, f. 4)–, así como el Sueño de Carlomagno, con el que comienza el Pseudo-Turpín. Restaurado en la Biblioteca Nacional de Madrid en 1966, la cabeza durmiente de Carlomagno fue tapada, de manera que ahora la imagen muestra a Santiago en el lecho; no obstante, su configuración original puede ser vista en las dos copias del siglo XIV arriba mencionadas –tanto en la del Vaticano como en la de la British Library–, y también en la de Salamanca, en la cual la representación forma parte de una miniatura a toda página que incluye el ejército de Carlomagno. La escena de los guerreros en registros del manuscrito de Santiago se reproduce en la desvaída sobrecubierta del libro, pero no en el interior del volumen. Muy pertinentes resultan, sin embargo, la reproducción de las páginas de la *Nota Emilianense*, Madrid, Real Academia de la Historia, Codex 39, f. 245 (p. XXXII), así como del texto hermosamente escrito en inglés de la *Turpines Story*, San Marino, CA, Huntington Library HM 28561, f. 326 (p. XLIV), ya que ambas son muy interesantes en relación con los orígenes y recepción del Pseudo-Turpín.

En lo que se refiere a la división por manos de los escribas, Díaz y Díaz demostró que la estructura codicológica de la parte del Pseudo-Turpín en el manuscrito de *Jacobus* (ff. 162v-191v) está formada por cuaterniones que incluyen numerosas hojas cortadas y reinsertadas, así como un bifolio añadido (ff. 186-187 por un escriba del siglo XIII en el que se describe la representación de las Artes Liberales en los muros del palacio de Carlomagno en Aquisgrán). Las partes correspondientes a cada escriba pueden distinguirse perfectamente en el facsímil y por ello hubiese merecido la pena indicarlas en la traducción, puesto que ellas no se corresponden con la división en capítulos y hubiesen arrojado luz sobre la historia y recepción del texto, tal y como apuntó Díaz y Díaz. Tampoco cada uno de los capítulos comienza en un nuevo folio, como la distribución de páginas de Poole sugiere de forma errónea. De nuevo, hubiese sido deseable añadir la numeración de los folios en el margen con el objeto de señalar cuando se produce el cambio, tal y como Herbers y Noia hicieron en su transcripción latina². El trabajo de los escribas 3 y 4 son claramente añadidos posteriores, de los siglos XIII y XIV; la labor del escriba 2, con sus floridas iniciales, pertenece a finales del siglo XII, y es muy diferente de la del escriba 1 y su decorador

1 M.C. Díaz y Díaz, *El Códice Calixtino de la Catedral de Santiago. Estudio codicológico y de contenido*, Santiago de Compostela, 1988.

2 *Liber sancti Jacobi. Codex Calixtinus*, edición y transcripción latina de K. Herbers y M. Santos Noia, Santiago de Compostela, 1998.

de iniciales, quien probablemente trabajó hacia 1145. Todas estas alteraciones –asumiéndolas como tales– constituyen un importante testimonio de la historia del manuscrito y de su manipulación entre los siglos XII y XIV. Existen, asimismo, innumerables notas marginales, analizadas por Díaz y Díaz, que atestiguan el interés continuado hacia el texto en los siglos posteriores. Por otra parte, la separación del Pseudo-Turpín y su re inserción en el resto del códice es brevemente explicada por Díaz y Díaz y aludida por Poole en la p. XII. En definitiva, lo que se necesita es una aguda edición crítica que compare todas estas partes y secciones con lo que aparece en las copias posteriores del manuscrito.

La cuestión del “autor” o “compilador” es otro tema que necesita ser aclarado. Poole, como otros, confunde la personalidad del canciller papal Aymerico, una figura histórica bien conocida por otros contextos, e identificado en las rúbricas del manuscrito *Jacobus* como el autor del Libro V, capítulo IX, junto con el papa Calixto II, y que quizás es la misma persona, simplemente citada como Aymerico, que firma el Libro V, capítulo V. Este es, sin duda, Aymerico el Canciller, que es el primero en firmar como confirmante en la falsa bula de Inocencio II, pero no se trata de Aymerico Picaud (Poole, p. XVI). El nombre de Aymerico Picaud comparece dos veces en el manuscrito *Jacobus*: la primera, en el texto de la falsa bula de Inocencio II, como uno de los que dio (*dedit*) el códice a Santiago; la segunda, en el título de una de las canciones (*Ad honorem regis summi*) al final del volumen. Sin embargo, no hay nada que sugiera que Aymerico Picaud sea la misma persona que Aymerico el Canciller, el cual era de Bourges, y tampoco existe razón alguna para suponer que Aymerico Picaud escribiese o compilase el manuscrito *Jacobus* en su totalidad. Poole no menciona el otro posible candidato a compilador, *Rainerius* (también conocido como Roberto), maestrescuela de Santiago según el manuscrito de Pistoia, y que algunos sostienen que debió de haber participado en la composición de la *Historia Compostelana*. Este es, por muchas razones, la personalidad que mejor se ajusta a ser el compilador de *Jacobus*, hecho que en cierta medida confirmaría la afirmación realizada por Hohler en 1972 de que el Pseudo-Turpin, con sus muchos errores gramaticales, sirvió originalmente como herramienta de aprendizaje en la escuela compostelana. Una eventual comparación con otras copias podría resolver esta pregunta, ya que ayudaría a aclarar si estos errores fueron o no deliberados.

Algunas partes de la traducción son desconcertantes: ¿Por qué se traduce ‘heros’ como ‘knight’ (caballero), al referirse a Santiago en el momento de aparecerse a Carlomagno en un sueño al principio del relato (*heros quidam optimam ac pulcherrimam... habens speciem*)? La tradición iconográfica de esta popular escena nunca muestra a Santiago como caballero y el latín no justifica el uso de esa palabra; la versión de Smyser daba ‘vir’ por ‘heros’; la versión anónima en francés antiguo dice ‘uns granz sires... de grand biauté (Walpole 1979) y le *Turpin I* dice ‘uns sires qui plus ert beaus qu’en ne peust dire’ (Walpole 1985). Solo –por lo que yo sé– en la versión de *Johannes*, Santiago aparece como ‘un bel home molt grant tot armé sor son cheval’ (Walpole 1976). Pero no se

trata de la versión latina y, por lo tanto, no debería figurar así en la traducción. Compruebo, sin embargo, que A. Moralejo en la traducción española utiliza la palabra ‘caballero’. Por otra parte, para la expresión ‘*de itinere yspanie*’ del capítulo 26, tanto en la lista de capítulos como en la rúbrica y texto dicho capítulo, se usa el anacrónico término ‘crusade’ (cruzada) en vez del más neutro ‘journey’ (viaje) (*iter* en latín). De nuevo, compruebo que A. Moralejo utiliza también la palabra ‘cruzada.’ Esto debería haber dado lugar a una discusión sobre el origen y uso del término “cruzada” y los circunloquios utilizados para esta expresión durante la Edad Media. El libro presenta, pues, una serie de deficiencias pero es un útil punto de partida para estimular a su amplio público a hacerse nuevas preguntas así como a animar a los estudiosos a embarcarse en una edición crítica del texto latino.

Alison Stones